

lo son tanto, como cuando meditamos ó cantamos los salmos, porque en estos sagrados cánticos no sólomente mezclamos las alabanzas de Dios con nuestras oraciones, sino que maldecimos á los demonios. Así por ejemplo, glorificamos la misericordia de Dios, cuando le decimos: *Tén piedad de mí, ó Dios, según tu misericordia, y según la multitud de tus piedades borra mi irriquidad.... No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo*¹. Pero á la vez atacamos á los demonios, cuando decimos: *Levántese Dios, y sean dispersos sus enemigos, y huyan de su presencia los que le aborrecen*²..... *Ví al impio sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Líbano, y pasé, y hé aquí que no existía, y le busqué y no fué hallado en el lugar de él*³..... *Levántate, Señor, en tu ira, y muestra tu grandeza en medio de mis enemigos*⁴. »

También les dió este consejo el abad Marcelo: « Acordaos, hijos míos, que el que renuncia al mundo poseerá en la otra vida un reino resplandeciente de honor y de gloria, pues las cosas intelectuales son mucho más preciosas que las sensibles; por el contrario, el religioso que abandona su profesión, aún cuando llegase en esta vida á ocupar un trono muy glorioso, será cubierto en la otra de confusión y vergüenza. »

Al mismo tiempo les decía: « El hombre fué formado en un principio á imágen de Dios; pero el pecado le degradó hasta hacerle semejante á las bestias. Tiene una mala inclinación á los placeres de los sentidos, y no hay otro medio de reprimirla que la mortificación. No os espanteis de los trabajos de la virtud: sólomente practicándola es como podreis conocer sus dulzuras y sus ventajas. Vivamos cual

¹ Ps. L.

² Ps. LXVII.

³ Ps. XXXVI.

⁴ Ps. VII.

los ángeles por la pureza, pues esta virtud nos promete la misma gloria de que estos gozan. Dejemos á los hombres carnales, que cifran su felicidad en la tierra, el que sigan las voluptuosidades que aman. Por lo que á nosotros toca, librémonos de esta vergonzosa servidumbre, como los Israelitas se libraron de la de Egipto. Guardémonos, por último, de apegarnos á los bienes de este mundo, porque la avaricia es madre de todos los males. »

Habia en el desierto de Esceté un anciano egipcio, llamado David, cuya gran virtud manifestó el mismo Dios por medio de un milagro, que vamos á referir. Habiéndose puesto al servicio de un labrador en tiempo de la recolección, según era costumbre entre los solitarios de este desierto, sobrevino un día un calor tan extraordinario, que se vió obligado á refugiarse en una caverna. Al verle parado el labrador, le dijo con acento de cólera. Buén hombre, ¿ por que no trabajais? ¿ no os pago para ello? — Es verdad, respondió este santo hombre; pero es tan excesivo el calor, que hace que el grano caiga de las espigas, y estoy esperando á que refrezque un poco, con objeto de que no salgais perjudicado — Levantaos, y trabajad, replicó el labrador, aunque toda la mies se quemé. Levantóse el solitario, y apenas habia empezado á trabajar, cuando se echó á arder el trigo. Reconociendo el labrador su falta, corrió á los solitarios que trabajaban en otro paraje, y les pidió que interviniesen con el anciano, á fin de que extinguiese el fuego con sus oraciones. Arrojáronse, efectivamente, los solitarios á los pies del anciano, y este colocándose entre el trigo que ardia y el que aún estaba intacto, dirigió su oración al Señor, con lo cual quedó instantáneamente extinguido el fuego.

Habia también en el desierto de Esceté, en el monasterio del abad Sisci, un anciano que estaba ciego, y aunque su celda distaba unos mil pasos de los pozos, no quiso per-

mitir nunca que ninguno le llevase el agua que necesitaba; y para proveerse de ella sin peligro, ató una cuerda desde su celda al pozo, y por ella se guiaba para no extraviarse. A un jóven que se empeñó en llevarle agua, le respondió: Hace veintidos años, hijo mio, que yo la traigo, y ¿querás hoy privarme del fruto de mi trabajo?

Juán Mosch nos ha conservado los siguientes consejos de un anciano solitario del desierto de las Celdillas: « Queridos hijos míos, decia, no busquemos las delicias de los egipcios, porque nos harian caer en la tiranía de Faraón. ¡ Ojalá, tuviesen los hombres tanto ardor por el bién, como el que manifiestan por el mal! ¡ Ojalá, que el afán de que se hallan poseidos por los espectáculos, por los vanos goces, por las riquezas, por la vanidad y por la injusticia, se trocase en deseos piadosos! Bién pronto comprenderian cuán ventajoso es servir á Dios, y cuán grande es la debilidad de los demonios que los solicitan al pecado. »

« Nada hay comparable á Dios. Él es más grande que todo, y está sobre todo. Siendo esto así, ¿ qué podemos temer, teniéndole por protector? ¿ quién más fuerte y dichoso que nosotros? Es verdad que Dios está en todas partes: pero puede decirse también que está más cerca de los que combaten por él, y le sirven con piedad y amor. Ahora bién, cuando Dios está tan cerca de nosotros, ¿ qué hay que pueda engañarnos ni perjudicarnos? La virtud del hombre no procede de su naturaleza, que está sujeta á mudanza, sino de los auxilios de Dios y de la firme resolución en el bién. Tengamos, hermanos míos, un especial cuidado de nuestra alma, así como lo tenemos por la conservación del cuerpo. »

« Jesucristo, médico soberano de las almas, nos ha dado como remedio para nuestros males espirituales, la piedad, la justicia, la humildad y la obediencia. Estos son medios eficacísimos con que quiere curarnos: no los despreciemos;

ántes bien, apliquémoslos á toda hora. Este divino Maestro nos recomienda también la templanza y la mortificación; pero somos tan miserables, que nos inclinamos siempre á la satisfacción de los sentidos. Muramos para el pecado, y vivamos para Jesucristo: dejemos el sendero del mal, y adelantemos en el del bién. Aspiremos incesantemente á la perfección, á que Dios nos ha llamado por la gracia de la vocación. »

Un religioso, por último, se lamentaba de haber juzgado con excesiva ligereza á su prójimo, y el santo anciano le respondió que esto procedia de no conocerse suficientemente á sí mismo: « Pues el que se conoce bien, le decia, no se ocupa de los defectos de otros. »

Habia también en la misma época excelentes religiosos en el monte de san Antonio. Habiendo venido á esta montaña un sarraceno de los que moraban en Clisma, á orillas del mar Rojo, en donde habían edificado una fortaleza, vió á un religioso sentado en un paraje algo más elevado, y que leia con mucha atención un libro. Se acercó á él con intención de matarle; pero cuando estaba cerca, levantó el solitario su mano, y le dijo: detente. El bárbaro quedó inmóvil durante dos dias, y viéndose en tan triste situación, suplicó al santo varón, en nombre del Señor á quien adoraba, que le dejase en libertad para retirarse, como así lo hizo. Juán Mosch asegura que este mismo sarraceno, aunque pagano, le refirió este hecho.

Este mismo escritor fué con Sofronio á una montaña cerca de Lique, habitada por solitarios, de los cuales unos moraban en cavernas, y otros en pequeñas celdas. Tuvieron una conversación con uno de ellos, llamado Isaac, natural de Tébas, el cual les refirió un caso que le habia ocurrido hacía más de cincuenta años, lo que prueba que era uno de los ancianos de esta soledad. Les dijo, pues, que, trabajando un dia, le salió tan mal su obra, que no sabia

como enmendarla. Cuando estaba afligido con la pena de haber perdido todo el día en hacer y deshacer, vió entrar en su celda á un jóven, que le dijo que no era preciso hacerla de nuevo, sino que él la enmendaria. Respondióle el religioso que para esto no necesitaba de su ayuda. Insistió el jóven, é Isaac insistió también en su negativa; pero importunado por sus instancias, le dijo Isaac con tono de amargura, que más bién habia venido á hacerle daño que beneficio. Es, dijo el jóven, que vos mismo me habeis llamado, y sois mi amigo. — ¿Como es esto? preguntó Isaac. — Sí, replicó el jóven, pues habeis comulgado tres dias, guardando en vuestro corazón resentimiento contra un religioso, vecino vuestro — Mientes, dijo Isaac — No miento, contestó el demonio, (pues no era otro el jóven que se le habia aparecido). Yo soy el que tienta á los hombres, y los excita á la cólera y al recuerdo de las injurias. Sé muy bién que tienes resentimientos de él, y por esta razón te he dicho que eres amigo mio. Al oír estas palabras, salió Isaac de su celda, fué en busca del solitario, se postró á sus pies, le pidió humildemente perdón, y se reconcilió con él. A su regreso encontró que el demonio, lleno de desesperación, habia destruido toda su labor, y causado muchos desperfectos en su celda.

Juán Mosch fué también á visitar á los solitarios que viven en las inmediaciones de Antinoe. Uno de estos le habló de otro solitario de una gran virtud, que habia pasado sesenta y dos años en su celda, y habia tenido diez discípulos, entre los cuales habia uno que no se aprovechaba de sus consejos, y que cumplia sus deberes con mucha negligencia. El buén anciano no cesaba de reprenderle, pero sin conseguir cosa alguna, por más que le recordaba sus obligaciones y le amenazaba con una muerte próxima y con el rigor de los divinos juicios. Por último, murió este discípulo, y temiendo el anciano por la suerte de su alma,

rogó al Señor que se la diese á conocer. Entónces arrebatado en espíritu, vió una especie de estanque de fuego, cuyas llamas se elevaban muy alto, y sumergido en él hasta el cuello á este religioso negligente, de modo que soló tenia fuera del fuego la cabeza. Conmovido al verle en tan triste estado, le dijo: ¡ Ay! hijo mio, ¿ porqué no te has aprovechado de mis consejos, cuando yo te exhortaba á que cuidases de tu alma? — Respondióle el discípulo: ¡ Ay! Padre mio, aún doy gracias á Dios, porque, merced á vuestras oraciones, tengo algún alivio, hallándose mi cabeza libre del fuego.

Vió también en la ciudad de Antinoe á un sabio, llamado Fibamón, el que, para edificarles, refirió á él y á Sofronio la siguiente historia: « Habia en Hermonópolis un famoso ladrón, llamado David, que no se contentaba con robar y matar, sino que cometia toda clase de crímenes, hasta el punto de no haber quién le igualase en crueldad. Hallándose un dia robando con otros treinta compañeros, entró de pronto en sí mismo, y penetrado de dolor y arrepentimiento de sus maldades, abandonó á los demás, y se dirigió á sus compañeros. Preguntóle el portero lo que deseaba, y él le respondió que queria hacerse solitario. Avisado el abad, se presentó, y viéndole tan avanzado en edad, le manifestó que no se hallaba en estado de soportar las austeridades que se practicaban en el monasterio. Admitidme, no obstante, dijo. Padre mio, y os aseguro que no se me quedará-cosa alguna por hacer. — Pero viendo que el abad insistia en su negativa, añadió: Os declaro, Padre mio, que soy David, el jefe de los ladrones: vengo aquí á llorar mis pecados, y protesto en nombre del Dios que está en los cielos, que, si rehusais admitirme, sereis la causa de que yo vuelva á mis maldades, y sereis responsable de todos los crímenes que yo cometa. »

« Oyéndole el abad hablar de este modo, le cortó el ca-

bello, y le vistió el hábito monástico. Su conversión fué tan sincera, y combatió con tanto ánimo, que superó á todos los demás religiosos en la práctica de la abstinencia y de la humildad, por más que la comunidad se hallaba compuesta de setenta y dos religiosos. De modo que era un objeto de edificación y un modelo de santidad.

Hallábase un dia sentado en su celda, y se le apareció un ángel, diciéndole : « David, David, Dios te ha perdonado tus pecados, y te ha concedido la gracia de hacer milagros. » A estas palabras contestó : « El número de mis pecados excede al de los granos de arena que hay en la orilla del mar, ¿ como he de persuadirme de que Dios me los ha perdonado en tan poco tiempo? — Si yo no perdoné á Zacarías, replicó el ángel, cuando no quiso prestar fé á la promesa que le hice de que tendria un hijo, sino que até su lengua para que aprendiese á no ser incrédulo, tampoco te perdonaré á tí, y muy pronto perderás la palabra. »

Postróse David en tierra, y dijo con grande humildad : « Si cuando yo derramaba la sangre humana, y cometia toda clase de crímenes, Dios me dejaba en libertad de hablar ¿ querreis privarme de ella ahora que sólo deseo servirle y cantar sus alabanzas? — Cuando tengas que cantar los salmos, replicó el ángel, conservarás el uso de la palabra ; pero serás privado de ella para todas las otras cosas. » — El hecho siguió inmediatamente á la predicción : pues David obró muchos milagros. Jibromón refirió todo esto, como testigo ocular, á Juan Mosch.

De Antinoe pasaron Juan Mosch y Sofronio á Alejandría, en donde visitaron á muchos solitarios de eminente piedad, y entre otros, á Paladio, Ménas, Juan el Eunuco, Teodoro de Pentápolis y algunos otros. Paladio era natural de Tesalónica, metrópoli de la Macedonia, y se retiró cerca de Alejandría, á una comarca llamada Telazomena. Preguntado por Juan Mosch y su compañero, como se

habia hecho religioso, les dijo : « Un anciano, llamado David, natural de Mesopotamia y que se distinguia por muchas virtudes, entre otras por su ardiente caridad, se retiró á un lugar distante unos tres estadios de Tesalónica, en donde pasó ochenta años. En los últimos tiempos de su vida hicieron los bárbaros varias correrías por aquel pais. Los soldados que guarnecian la ciudad, vieron una noche que salia humo de la celda de este santo anciano, y creyendo que los bárbaros le hubiesen prendido fuego, se dirigieron á ella á la mañana siguiente ; pero viendo que nada habia ocurrido al anciano ni á su celda, quedaron llenos de admiración.

A la noche siguiente ocurrió lo mismo, y así sucesivamente hasta la muerte del santo solitario, de suerte que este milagro fué conocido en toda la ciudad, y muchos se dirigian á las murallas para contemplarlo. Yo fui uno de ellos, y sorprendido con esta maravilla, me dije á mí mismo : Si Dios dá en esta vida una gloria tan grande á sus siervos, ¿ cuanto mayor será la que les tiene reservada en la otra, cuando su rostro resplandecerá más que el sol? Hé aquí, hijos míos, lo que me movió á abrazar el estado religioso. »

Les refirió también lo que ocurrió á otro solitario, llamado Addas, que habia venido de Mesopotamia á Tesalónica, despues de la muerte de David, y se habia encerrado en el tronco de un árbol muy grande, en el cual hizo una ventana para hablar con los que venian á verle. Habiendo invadido los bárbaros el pais, uno de ellos descubrió esta celda singular, y se dirigió á él para matarle con su espada ; pero su brazo quedó inmóvil y suspendido en el aire. Los otros bárbaros, sorprendidos con este prodigio, rogaron al solitario que curase á su compañero, lo que hizo por medio de la oración.

Refirióles también algunas otras historias muy notables,

que expondremos, aunque muy brevemente. La primera es relativa á un homicida condenado á muerte : « Habia sido encarcelado, les dijo, en Arsinoe, un hombre que habia cometido un asesinato, y despues de sufrir muchas torturas, fué condenado á pena capital. Cuando marchaba al lugar del suplicio, y á unos seis mil pasos de la ciudad, vió á un solitario, y volviéndose á él, le dijo : Padre mio, ¿ no teneis una celda, en que debeis vivir y trabajar ? — Sí, hijo mio, le contestó el solitario, tengo una celda para vivir, y trabajo en que ocuparme — Pues ¿ porque no os quedais en ella, replico el reo, para llorar vuestros pecados ? — Tienes razón, hijo mio ; pero como soy un negligente y no siento en mi corazón la compunción que debiera tener, vengo á excitarme á ella con el ejemplo de tu suplicio. — Id, Padre mio, añadió el homicida ; volved á vuestra celda, y dad gracias á Jesucristo : pues desde que se hizo hombre, y se dignó padecer y morir por amor de los hombres, el hombre no muere. »

Un seglar anciano, les dijo tambien, cometió un homicidio, por el cual fué preso en Antioquia y sometido á la justicia. Este desgraciado acusó falsamente á un jóven de veintidos años, de ser su cómplice, y á pesar de las protestas de inocencia que éste hizo, fué condenado también á muerte. Se les llevó, pues, al suplicio, á mil pasos de la ciudad y cerca de un templo dedicado á Saturno, y queriendo que fuese ejecutado primeramente el jóven, se postró éste á los pies de los arqueros, rogándoles que le volbiesen hacia el oriente, porque era cristiano, y hacia siete meses que habia recibido el bautismo. Estas palabras les conmovieron hasta el punto de hacerles derramar lágrimas. El viejo, por el contrario, bramando de rabia, les dijo : Pues á mí volvedme hacia Saturno.

Indignados los arqueros con esta impiedad, comenzaron por él la ejecución, y cuando se disponian á dar muerte al

jóven, apareció de pronto un hombre montado á caballo, manifestando ser enviado por el gobernador de Egipto, y trayendo el indulto del jóven, lo cual llenó de gozo á todos los presentes. De esta manera, este jóven que habia sido librado de la muerte cuando ménos lo esperaba, renunció al mundo, y se hizo solitario.

Habia también, añadió, en Alejandria un soldado, que observaba esta regla. Todas las mañanas iba al monasterio vestido con un cilicio, y permancia hasta la hora de Nona cerca de las gradas del altar de san Pedro, haciendo canastas sin hablar con nadie. Despues de cantar en voz baja estas palabras del salmo décimo octavo : *Purificame, Señor, de mis pecados ocultos*, permanecia una hora en silencio, y volvía á repetir las mismas palabras y á guardar silencio siete veces. Cuando llegaba la hora de Nona volvía á tomar su uniforme de soldado, y se retiraba. Decia Paladio que le habia visto hacer esto durante ocho años consecutivos, y que esta piedad le habia servido de mucha edificación.

No podemos omitir otro ejemplo que referia el mismo Paladio á Juan Mosch, y que demuestra cuán eficazmente se hace sentir la protección de la santísima Virgen sobre aquellos que la imploran con confianza. Un rico comerciante de Alejandria, hombre temeroso de Dios y muy caritativo, tuvo que ir á Constantinopla, y no quedando en casa más que su mujer, una hija de seis años y un criado, le dijo la esposa : Tú te vas, y ¿ quién cuidará de nosotros en tu ausencia ? — Os dejo, le contestó, bajo la protección de la santísima Virgen, Madre de Dios : esta Señora cuidará de vosotros.

Cuando hubo partido, el espíritu maligno inspiró al criado que matase á la mujer y á la niña para apoderarse del dinero y alhajas que habia en la casa. Con este designio tomó un cuchillo de la cocina, y se dirigió al aposento en: